

El asambleismo laboral en el País Vasco.

De la dictadura a la democracia

José Antonio Pérez

Universidad del P. Vasco

Desde mediados de los años sesenta y principios de los setenta del siglo XX, la práctica asamblearia dentro del mundo laboral experimentó un fuerte avance en las zonas industriales de España, sobre todo en aquellas áreas más activas del movimiento obrero, como el País Vasco. Esta práctica alcanzó entre 1973 y 1976 su punto más álgido, coincidiendo con la extensión y radicalización de la conflictividad laboral¹.

Su aportación a la acción colectiva terminó por socavar las bases del sindicato vertical y del sistema de relaciones laborales impuesto por el régimen franquista². Sin embargo, el protagonismo de las asambleas fue de tal magnitud que incluso llegó a poner en peligro el liderazgo de las organizaciones de clase en un delicado contexto marcado por la radicalización y extensión de la conflictividad laboral, la descomposición del régimen, y los primeros síntomas de una crisis económica que marcaría también el ritmo de la transición política.

Pero el desarrollo de la práctica asamblearia que se desplegó dentro del mundo sociolaboral en el País Vasco durante esos años no fue uniforme ni homogéneo y presentó notables diferencias entre las áreas industriales con una fuerte tradición obrerista, como la Margen Izquierda de la ría del Nervión en Vizcaya y otras zonas de tardía industrialización, como Vitoria, carentes de referentes históricos del movimiento

¹ MOLINERO, Carme y YSÀS, Pere: *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*. Madrid, Siglo XXI, 1998,

² Asumimos, en este sentido el concepto de acción colectiva utilizado por TARROW, Sydney: *Power in movement*, p. 2-4, (Trad. esp.): *El poder en movimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.

obrero. Un análisis de su evolución nos permite profundizar en uno de los procesos más sugerentes de cuantos se desarrollaron en el tránsito de la dictadura a la democracia y valorar la importancia que llegaron a tener en la evolución de la propia transición política³.

La evolución de la práctica asamblearia en Vizcaya

El movimiento obrero en Vizcaya hundía sus raíces prácticamente en las últimas décadas del siglo XIX. La explotación industrial de las minas de hierro de los montes de Triano a partir de 1876, dio lugar a un formidable desarrollo minero y siderúrgico que atrajo a decenas de miles de trabajadores de otras provincias de España. Las miserables condiciones de vida de los mineros, hacinados en insalubres barracones y la primera huelga general de 1890 forman parte ya, no sólo de la historia del movimiento obrero vasco, sino de las señas identidad cultural de la zona, donde figuras como Facundo Perezagua y más tarde, Dolores Ibarruri, encarnan toda una tradición de luchas obreras que se extendió hasta el estallido de la Guerra Civil. Sus imágenes, encaramadas sobre un improvisado escenario/altar al frente de multitudinarias asambleas, han sido representadas por artistas locales en docenas de ocasiones desde principios del siglo XX hasta la actualidad.

Tras la finalización de la Guerra Civil y la implantación del régimen franquista las organizaciones obreras y sus líderes fueron, como en el resto de España, perseguidos, encarcelados, exiliados o fusilados. Durante los años cuarenta y cincuenta se produjeron diversas protestas y huelgas, algunas de ellas de gran relevancia, como la de 1947 y 1951 –ésta con un alcance más limitado–, organizadas a través de pequeños grupos clandestinos

³ Creemos que los estudios de historia social pueden y deben aún profundizar más en la relación que existió entre la movilización social y la transición política en España. Véase a este respecto, y desde diferentes perspectivas, FISHMAN, Robert, M.: *Organización obrera y retorno a la democracia*, Madrid, CIS, 1996, LARAÑA, Enrique: *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza 1999, DURÁN, Rafael: *Contención y transgresión. Las movilizaciones sociales y el Estado en las transiciones española y portuguesa*. Madrid, CCEPC, 2000, ADELL, Ramón: *La transición política en la calle. Manifestaciones políticas de grupos y masas*, Madrid 1976-1987, Madrid, Universidad Complutense, dos tomos, 1989, DOMÉNECH SAMPERE, Xavier: “El cambio político desde abajo (1962-1976). Una perspectiva teórica y metodológica”, en *V Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Universidad de Castilla-La Mancha, Albacete, 2003

de cada empresa e impulsadas por el gobierno vasco en el exilio y las organizaciones de clase⁴.

Los años sesenta fueron tiempos de profundas transformaciones dentro del área del Gran Bilbao. Las prometedoras expectativas económicas, la masiva llegada de inmigrantes, el acceso a nuevos niveles de consumo y la reactivación de la conflictividad laboral -sobre todo a partir de la promulgación de la ley de convenios colectivos en 1958-, fueron algunos de los cambios más notables que se experimentaron en la zona. Dentro del movimiento obrero se fue produciendo un importante relevo generacional a través de la incorporación de nuevos militantes y nuevas sensibilidades obreras, algunas de ellas procedentes de ámbitos como el católico. La propia formación de las Comisiones Obreras (CCOO) o de la Unión Sindical Obrera (USO), con el protagonismo de militantes comunistas y católicos, o el desplazamiento de las organizaciones históricas del movimiento obrero, como la Unión General de Trabajadores (UGT), Eusko Langilen Alkartasuna-Solidaridad de Trabajadores Vascos (ELA-STV) o la Confederación Nacional de Trabajo (CNT), constituyeron una buena prueba de ello.

Sin embargo, esta evolución no tuvo, como en otros lugares con menos tradición obrerista, el rango de una ruptura drástica y total con la historia más reciente del movimiento obrero local, sino que permitió determinadas continuidades que facilitaron la incorporación de nuevos militantes y prácticas organizativas⁵.

El estallido huelguístico de la primavera de 1962 tuvo, como ocurrió en Asturias⁶, una enorme trascendencia en la reactivación de los conflictos y la organización obrera, marcando el inicio de un ciclo de protestas que culminó pocos años más tarde con la huelga más larga del franquismo, la huelga de Bandas de Laminación de Echévarri. El conflicto, que se desató entre noviembre de 1966 y abril de 1967 a raíz de una protesta por motivos laborales, tuvo un gran impacto social más allá de la propia empresa, hasta convertirse en un verdadero símbolo para el movimiento obrero vizcaíno y en general, para todo el antifranquismo de la época⁷. Uno de los factores, entre otros, que incidieron

⁴ Nuevas protestas se dieron poco más tarde, en 1953 en la empresa Euskalduna y en 1956 y 1958.

⁵ Como tuvimos la oportunidad de debatir en el Seminario sobre movimiento obrero, PÉREZ PÉREZ, José Antonio: *“La reconstrucción del obrerismo en la Margen Izquierda de la Ría del Nervión: 1937-1962. ¿Generaciones perdidas?”* organizado por el CIHDE en la Escuela Julián Besteiro en febrero de 2004.

⁶ Véase VEGA GARCIA, Rubén (coord.): *Las huelgas de 1962 en Asturias*, Gijón, Ed. Trea, Fundación Muñiz Zapico, 2002

⁷ PÉREZ PÉREZ, José Antonio: *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao 1958-1977: trabajadores, convenios y conflictos*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2001, pp. 293-304

directamente en la extensión de la huelga fue la organización de asambleas diarias, una práctica que a la que se sumaron de forma separa, pero también conjunta, las propias mujeres de los huelguistas.

Los rasgos perfilados desde comienzos de la década de los años sesenta se agudizaron ostensiblemente a comienzos de los setenta hasta configurar a la asamblea como un elemento habitual dentro del mundo del trabajo. Su origen se situaba precisamente en la falta de legitimidad de la Organización Sindical Española (OSE), el sindicato único creado por el régimen franquista para el control y encuadramiento de los trabajadores. La participación o no en este aparato fue una de las cuestiones fundamentales que dividieron a las diferentes fuerzas sindicales de la oposición. Frente a los sindicatos históricos, contrarios a cualquier tipo de participación que sirviera para legitimar el régimen franquista, estaban las organizaciones aparecidas durante los años sesenta, especialmente las Comisiones Obreras, que apostaron decididamente por la introducción en el sindicato vertical como una vía para instrumentalizarlo y conseguir situar en diversos cargos a representantes obreros con legitimidad entre sus compañeros. El debate sobre la representatividad de los enlaces y jurados de empresa elegidos en las elecciones sindicales fue una constante, sobre todo, a partir de las celebradas en 1966, donde las CCOO a través de sus candidatos consiguieron copar la representación en un gran número de empresas, llegando a controlar diversas secciones y juntas.

La dura represión que terminó con la huelga de Bandas, incluido el estado de excepción que fue promulgado en la provincia, supuso un serio revés para las CCOO, especialmente tras su ilegalización y la desposesión de los cargos sindicales ligados a esta organización.⁸

La aparición de los “comités de fábrica” en 1968 supuso la materialización más palpable de una alternativa unitaria a las Comisiones. La influencia de las diferentes organizaciones obreras resultó fundamental en este proceso. Los grupos reunidos alrededor de la Alianza Sindical de Euskadi, nacida en 1961 (UGT, ELA y CNT), que habían mantenido una posición contraria a la participación en el seno de CC OO, apostaron claramente por la creación de unas nuevas plataformas obreras de carácter unitario.

⁸ “Informe sobre destitución de cargos sindicales” Vicesecretaria Provincial de Ordenación Social, caja 2, con fecha de, 19 de octubre de 1968, Archivo Histórico Provincial de Vizcaya (AHPV)

Junto a estas organizaciones otras como ETA-berri, la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) o Euskadi de Euskadiko Sozialisten Batasuna, (ESBA, la denominación que adoptó en el País Vasco el Frente de Liberación Popular), o la USO propugnaron también la creación de los comités. Incluso las propias CCOO y el PCE optaron por una participación no oficial en estos organismos, ante el peligro de verse desplazados. La presencia de toda esta serie de grupos dentro al movimiento obrero anunciaba un proceso de singular importancia: la incorporación de nuevas generaciones al mundo laboral, y en definitiva, al movimiento obrero de la provincia⁹.

Tras las huelgas de 1962 -y muy especialmente después de la tumultuosa huelga de Bandas-, tanto los empresarios como las autoridades habían tratado de desarrollar sus propias estrategias con el fin de controlar y encauzar los conflictos laborales. Uno de los objetivos básicos de las autoridades consistía en el impedimento de las asambleas de trabajadores. El propio Ministerio de Trabajo divulgó entre las autoridades sindicales un extenso documento donde se subrayaba la necesidad de “neutralizar las reuniones masivas de trabajadores”. Sin embargo, la propia dinámica de las relaciones laborales, sujeta en muchas ocasiones a una política de hechos consumados, impulsaba la celebración de las asambleas de trabajadores. La negociación de los convenios propiciaba la celebración de reuniones, más o menos numerosas, con el fin de discutir las reivindicaciones obreras, sobre todo en aquellos casos donde los enlaces y jurados no tenían el grado de legitimidad necesario¹⁰. Y en una situación de conflicto laboral poco podían hacer las autoridades para impedir la celebración de asambleas, más aún cuando muchas de ellas surgían de una forma espontánea a pesar de los “informadores” introducidos en las empresas. El éxito de las asambleas se basó en la estrecha identificación que lograron alcanzar entre las vanguardias y su base social. Las decisiones tomadas en presencia de la plantilla obtenían un mayor grado de legitimidad que el establecido en otro espacio ajeno a los trabajadores.

Su aportación a la concreción de una identidad colectiva de carácter reivindicativo fue decisiva. Todo ello resultaría aún más significativo en un contexto sociopolítico como

⁹ Para todo este proceso véanse IBARRA, Pedro.: *El movimiento obrero en Vizcaya (1967-1977). Ideología, organización y conflictividad*. UPV, Bilbao 1987 e IBARRA, Pedro y GARCIA, Chelo: “De la primavera de 1956 a Lejona 1978. Comisiones Obreras de Euskadi”; en RUIZ, D.(Dir.): *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*, Siglo XXI, Madrid, 1993.

¹⁰ Documento “Secreto y confidencial” del Ministerio de Trabajo a la Organización Sindical, con fecha de 20 de Enero de 1971. Archivo del Gobierno Civil de Vizcaya (AGCV) y “Boletín de información”, con fecha de 6 de diciembre de 1971, Archivo Histórico de la Fundación Largo Caballero, AHFLC.

el de la dictadura, por el carácter transgresor que implicaba una reunión no autorizada. El contenido de los documentos de los impulsores de las asambleas refleja claramente la importancia que llegaron a concederles.

“...si creemos que la Asamblea es importante hay que empezar a darle importancia, y una buena manera es que tenga carácter decisorio. Desde que funcionamos así, no hay tantos cuchicheos ni bulos en la fábrica; la voz de la Asamblea es la voz de todos y todos la conocéis. (...) La Asamblea, además de un medio para la unidad, es una escuela de democracia obrera, y todos aprendemos a base de respetar los acuerdos mayoritarios, que unas veces coinciden con las personales y otras no (...) En la Asamblea se toman las decisiones, pero para que estas sean auténticamente democráticas y responsables, es necesario este trabajo previo, complementario de las Asambleas, donde la información y ambientación son primordiales”¹¹.

La práctica asamblearía conectó con un importante sector de trabajadores, sobre todo con los más jóvenes, sin experiencia en este ámbito, y con unas determinadas expectativas, que asistían atraídos por la gran capacidad de convocatoria de unas reuniones multitudinarias, donde se transmitían mensajes, reivindicaciones, consignas y discursos por boca de personas como ellos, trabajadores en determinados casos vinculados a organizaciones y sindicatos, pero trabajadores al fin y al cabo, “compañeros de tajo”, lo que repercutió directamente en la formación de una determinada identidad colectiva.

Allí los más jóvenes, que éramos muchos e inexpertos, asistíamos boquiabiertos a todo aquello. Llegaba uno, y te decías, es Redondo, o Castañares o Lalo, o el que fuera y pensases lo que pensases eran trabajadores como tu, de la Naval y oíamos cosas allí y salías de otra forma, no sé¹².

Ahora bien, como toda forma de expresión, organización y acción colectiva, la asamblea sufrió un proceso de transformación. Su evolución a lo largo de los últimos

¹¹ *Doce años de lucha. A los trabajadores del Estado Español*, Euskalduna, 1973, p. 18.

¹² Entrevista realizada a P.G.D. en noviembre de 2004.

años del franquismo y primeros momentos de la transición, desde las asambleas de empresa hasta otro tipo de plataformas conjuntas, anunciaba las aspiraciones –y los límites- de un proceso mucho más importante. Un proceso que iba a dejar aparcadas las primeras expectativas rupturistas en favor de un reformismo pragmático y posibilista, pero también los intentos por paralizar el proceso democratizador desde las propias instancias de la dictadura franquista.

De las asambleas de empresa a la Coordinadora de Fábricas de Vizcaya.

Desde comienzos de la década de los 70 y al menos hasta 1975, las diferentes asambleas y comisiones de delegados constituyeron plataformas de expresión de un conflicto concreto. Tenían capacidad decisoria y vinculante, pero se reunían a instancias de uno de los grupos existentes en la empresa (comisiones, comités, grupos de trabajo, etc.). Eran éstos los que realmente actuaban como sujetos en los contactos con la dirección de las empresas. Estas sabían que solamente las decisiones avaladas por las mayorías (en asambleas o elecciones) tenían posibilidad de prosperar. En cualquier caso, su existencia era puntual y no cargaba con la responsabilidad última de las acciones de presión, representación o negociación. A lo largo de estos años se produjo una evolución que afectó directamente a la asamblea y que terminó por constituir la verdadera protagonista de las reivindicaciones obreras. Todo ello fue posible gracias a la concurrencia de varios factores.

Por un lado, las asambleas comenzaron a reunirse, si no de forma permanente, pero sí al menos de un modo regular. El fuerte incremento de la conflictividad laboral les afectó directamente hasta erigirse en protagonistas de la situación. Desde 1974 a 1977 casi la totalidad de los conflictos obreros fueron apoyados, e incluso organizados por multitudinarias asambleas de trabajadores. Durante el “otoño caliente” de 1974 estos organismos eligieron “comités representativos” con el fin de negociar sin intermediarios con la dirección, como ocurrió en General Eléctrica Española (GEE), Babcock Wilcox (BW), Astilleros del Cadagua, Aurrerá, la Naval, Mecánica de la Peña, Talleres de Deusto o Fabrelec. A lo largo de los años siguientes se convirtieron en un elemento indispensable en la configuración de la acción colectiva de los trabajadores. Huelgas

como la de Firestone en 1975 nunca hubieran alcanzado las proporciones ni el eco social que obtuvieron sin la convocatoria permanente de las asambleas.

La extensión de la conflictividad hacia otros ámbitos, (empresas medias y pequeñas de zonas como Durango y Guernica¹³ y sectores como los de las contratas), propició la difusión de las asambleas como medio de expresión e instrumento de presión. A lo largo de estos años se produjo también un incremento sustancial de las reuniones masivas de estudiantes de la universidad y centros de enseñanzas medias. La discusión de reivindicaciones académicas alentó los debates hacia otro tipo de problemáticas sociopolíticas¹⁴. El movimiento ciudadano en el área del Gran Bilbao, donde participaban además numerosos militantes del PCE y de otras organizaciones de izquierda, se vio influido por ese ambiente reivindicativo, lo que contribuyó a la extensión de las protestas¹⁵.

Este proceso de “generalización” de las asambleas condujo a una cierta pérdida del protagonismo de los diferentes grupos en favor de la reunión abierta de los trabajadores. La propia asamblea comenzó a convertirse de este modo en el elemento que de una forma más clara representaba la expresión de las plantillas. Su posible “eficacia” en el ámbito de la empresa exigía, primero, la elección de una comisión representativa de la misma, y segundo, una coordinación entre ellas, con el fin de reforzar las reivindicaciones en niveles superiores.

Antes de la formación de la denominada “Coordinadora de Delegados de Fábrica de Vizcaya” se sucedieron diversas experiencias unitarias entre trabajadores de dos o más empresas. El caso más significativo se produjo durante los graves conflictos de octubre de 1974, donde se convocaron asambleas conjuntas por los trabajadores despedidos de la BW y GEE. Esta experiencia llegó a plasmarse en una “Coordinadora de Fábricas en Lucha”, de carácter permanente, que consiguió agrupar a los trabajadores de estas dos empresas más los de Astilleros del Cadagua. Estos primeros movimientos se circunscribieron a zonas muy concretas como en el caso de Trápaga, la Margen Izquierda o Basauri.

¹³ “Informe enviado por el Gobernador Civil al Director General de Política Interior, con fecha de 17 de junio de 1974, p. 2.”, AGCV.

¹⁴ “Notas informativas y telex enviados por el Gobernador Civil de la provincia al Director General de Política Científica durante los meses de marzo de 1974”, en AGCV

¹⁵ URRUTIA, Víctor: *El movimiento vecinal en el área metropolitana de Bilbao*. Oñati Instituto Vasco de Administración Pública. 1985.

La progresiva politización de los conflictos y la participación de nuevos grupos de activistas fue muy importante en todo este proceso. Algunas protestas como la huelga del 11 de diciembre de 1974, con una incorporación de reivindicaciones políticas como la amnistía¹⁶, marcaron un punto de inflexión en este proceso con la participación de militantes del Movimiento Comunista (MC), la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) o la Liga Comunista Revolucionaria (LCR-ETA-VI), que habían ido integrándose en las CCOO y disputaban al PCE el control de la organización.

Los partidos, organizaciones sindicales, asociaciones culturales, etc., intensificaron los contactos tras la muerte de Franco, dando lugar a nuevas plataformas. La participación de destacados militantes obreros en estas asambleas influyó en amplias capas sociales. La constitución de la Asamblea Democrática de Euskadi en diciembre de 1975, con la presencia de dos procesados en el sumario 1.001 -Francisco García Salve y Pedro Santiesteban Hurtado- dotó a este organismo de un fuerte contenido social¹⁷.

El incremento de la represión de los trabajadores contribuyó a la formación de asambleas de carácter permanente. A raíz de las movilizaciones desarrolladas en protesta por los acontecimientos de 1976 en Vitoria, que abordaremos más adelante, se estrecharon los contactos con el fin de conseguir una cierta coordinación entre los representantes de las asambleas de las empresas. La muerte de un trabajador de Basauri durante estas movilizaciones dio lugar a la formación de la “Coordinadora de Fábricas de Basauri”. Este organismo funcionó de forma estable hasta su integración en la “Coordinadora General de Fábricas de Vizcaya” en septiembre de 1976, a diferencia de otros similares que desaparecieron una vez finalizados los conflictos laborales.

La represión estrechó la cohesión interna de los trabajadores y su identificación con los más directamente afectados por los excesos policiales. La experiencia de las protestas por los condenados a muerte en el Juicio de Burgos resultó fundamental, pero no fue la única. La propia “Coordinadora de Delegados de Fábrica” se formó a partir de las protestas por la muerte de un militante de CC OO en una manifestación pro-amnistía

¹⁶ AGUILAR, Paloma: “Las movilizaciones por la amnistía en la transición a la democracia”, en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.), *Cultura y movilización en la España Contemporánea*, Madrid, Alianza universidad, 1997. pp. 327-357.

¹⁷Pudo ser un intento, tardío y fallido, de recrear la experiencia que supuso La Asamblea de Catalunya fundada en 1971. Véase sobre esta última y sobre el movimiento obrero urbano BALFOUR, Sebastián: *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1994, 208-220, La participación en el caso de Euskadi de formaciones como el PCE, las CC OO, el PTE, grupos cristianos, USO, asambleas locales y asociaciones de familias amplió la base social del movimiento asambleario. Véase la nota de *Pueblo* (edición Vizcaya) con fecha de 29 de diciembre de 1975.

en Fuenterrabía¹⁸. Tras este hecho, se generalizaron los paros laborales y las asambleas de las fábricas discutieron la necesidad de organizar una concentración de carácter unitario en Sestao. Durante una semana los trabajadores desarrollaron numerosas y multitudinarias concentraciones. Las movilizaciones dieron lugar a una declaración donde se incorporaron a las clásicas demandas laborales reivindicaciones abiertamente políticas, como el derecho de autodeterminación, la legalización de partidos y sindicatos, la amnistía, etc. A finales del mes de septiembre de 1976 cerca de 200 empresas estaban representadas por delegados en la Coordinadora Democrática de Fábricas.

En cualquier caso, la existencia de esta plataforma fue efímera y su eficacia, relativa. El contexto político marcó su evolución y su declive. La anunciada legalización de las organizaciones sindicales condicionó la postura de esta últimas. La inexistencia de cauces de expresión y movilización obrera había impulsado la extensión de las asambleas obreras e incluso de una cierta cultura asamblearia, abierta, participativa y unitaria¹⁹. Pero la creación de un organismo representativo de carácter permanente, que llegado el caso, supliera a las diferentes fuerzas sindicales suponía un salto arriesgado en un momento muy delicado. Las organizaciones más representativas se encontraban enfrascadas en una actividad frenética de refuerzo de sus estructuras, una vez superadas las disputas mantenidas sobre la conveniencia o no de un sindicalismo unitario²⁰. El desembarco en un nuevo contexto sociopolítico, con unos sindicatos legalmente reconocidos no invitaba a experiencias de carácter asambleario sin un cierto control por parte de las vanguardias. La aparición de otras coordinadoras constituidas por las organizaciones sindicales más importantes hipotecó la posible viabilidad de la Coordinadora de Delegados de Fábrica. De hecho, desde el mismo momento de su constitución, los representantes de la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS) habían tratado sin éxito de ejercer un cierto control de la situación²¹.

¹⁸ AGCV, nota informativa del 8 de septiembre de 1976.

¹⁹ Véase a este respecto para el caso de Madrid: BABIANO, José: *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*, Madrid, Siglos XXI de España editores S.A. y Fundación Iº de mayo, 1995 pp. 307-313

²⁰ Como es bien sabido las organizaciones históricas apostaron claramente desde un principio por la libertad y pluralismo sindical, frente a CCOO, que defendía -apoyada en la fuerza que aún mantenía en el sindicato vertical, gracias los jurados y enlaces elegidos en 1975-, la formación de una central sindical unitaria donde se integrasen todos los trabajadores, independientemente de su afiliación política. Esta unidad organizativa debía sustentarse en un proceso de carácter asambleario que debía culminar en un Congreso Sindical Constituyente, algo que nunca llegó a ocurrir.

²¹ La COS se había formado a mediados de 1976, con la participación de CC OO, UGT y USO. Para un seguimiento de la COS véase MARTÍN ARCE, José. M^º: *Los sindicatos y la reconversión industrial durante la transición. 1976-1982*. Madrid, CES, 1997, pp. 40-58. Existe constancia de la

El papel de las diferentes organizaciones sindicales resultó fundamental en este proceso. La asamblea se convirtió en uno de los objetos de debate y enfrentamiento en organizaciones como CC OO, donde las posiciones entre los defensores de la *organización* y el *movimiento* terminaron en forma de escisión, entre la línea controlada por el PCE (la CONE) y la CECO, constituida con el apoyo del resto de los grupos en abril de 1975²².

En otras organizaciones como la UGT, el apoyo a las asambleas respondía también al mantenimiento de una estrategia desarrollada durante años, pero también a la influencia “consejista” de otras organizaciones, como la USO, defensoras del poder obrero y autogestionario²³. Cualquier organismo representativo surgido de los propios trabajadores y capaz de socavar la legitimidad de los jurados de empresa y por extensión, de la OSE, obtendría el beneplácito de la central socialista. Pero también en el caso de la UGT existieron ciertas reservas con respecto al poder de las asambleas. Estas debían contar en última instancia con la presencia de los comités surgidos de ella y de los diferentes militantes o simpatizantes de los grupos sindicales. Tras la muerte de Franco estas suspicacias se hicieron mucho más evidentes, ante el temor de un proceso de institucionalización de la asamblea. El llamamiento se dirigió a sus propios militantes, de quienes la organización estimó que hacían un uso abusivo e incorrecto de ella.

“... evitar institucionalizar la Asamblea como órgano de decisión, cayendo con ello en un basismo absolutamente pernicioso para la eficacia de la organización”²⁴

presencia de la COS en las primeras concentraciones y Asambleas celebradas en Sestao en septiembre, donde trataron de controlar sin éxito el movimiento forzando la participación de sus miembros, según IBARRA Pedro: *ob. cit.* p. 496.

²² El papel cada vez más hegemónico del PCE, comenzaba a ser puesto en evidencia con la entrada de otros grupos de extrema izquierda como el movimiento comunista (MC), la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) o la Liga Comunista Revolucionaria (LCR-ETA VI). Para un seguimiento de la evolución de las Comisiones Obreras véase RUIZ David.: *Historia de Comisiones Obreras, 1958-1988*. Madrid, Siglo XXI, 1994 y más en concreto IBARRA, Pedro. y GARCIA, Chelo.: *De la primavera... ob. cit.* pp. 11-138.

²³ Véase MATEOS, Abdón: *Exilio y clandestinidad. La reconstrucción de UGT, 1939-1977*, Madrid, UNED Ediciones, 2002, pp. 240-257.

²⁴ Informe de la Comisión Ejecutiva presentado en la reunión del comité Federal de la UGT, los días 26 y 27 de marzo de 1977, en Archivo de la UGT, cit. Por MARÍN ARCE, J.M^a.: *Los sindicatos...* *ob. cit.* p 38.

Para la UGT, los delegados elegidos en las asambleas debían tener un mandato concreto -nunca indefinido- con el fin de realizar gestiones o negociaciones puntuales. No debían ser considerados los auténticos representantes de los trabajadores, como habían llegado a defender las CC OO, sobre todo desde su sector más extremista.

“Las Asambleas no pueden sustituir a las organizaciones sindicales representativas”²⁵

Sin el apoyo de las dos grandes organizaciones obreras el protagonismo de las Asambleas como órgano de acción y decisión tenía los días contados. No se trató, en cualquier caso, de una postura asumida por la totalidad de las fuerzas sindicales y políticas, pero sí de las más importantes. Mientras la UGT, las CC OO (sector PCE), PSOE, ELA y USO entre otros, consideraron conveniente desactivar el creciente protagonismo de las asambleas, las organizaciones más extremistas y asamblearias mantuvieron su apoyo hasta la desaparición de la Coordinadora de Delegados de Fábrica²⁶. En última instancia, la falta de asistencia de los delegados de fábricas, miembros de los sindicatos más importantes, hizo quebrar rápidamente la continuidad de la Coordinadora y con ello, progresivamente se fue frustrando cualquier intento por desarrollar y ampliar la experiencia asamblearia.

Las asambleas obreras en Vitoria

Un caso muy diferente fue el vivido en Alava, o para ser más exactos en su capital. Vitoria era en 1950 lo que se ha conocido y conoce aún en cierta forma, como una amable *ciudad de provincias*. El tópico, alimentado por la literatura apenas había conseguido liberarla de la ciudad de *curas y militares*, que superaba por poco los 50.000 habitantes. Sin embargo, una serie de factores económicos y la temprana gestión de las autoridades locales hicieron que Alava fuera la provincia española con un mayor incremento de su producto interno entre 1955 y 1975, con un 453% seguida de Madrid

²⁵ UGT; n° 373, septiembre de 1976.

²⁶ Entre éstos hay que englobar a LAB, ORT, PT, OIC-COAE y LCR-ETA VI. El MC por su parte mantuvo su apoyo a la Coordinadora, aunque a partir de diciembre de 1976, replanteo sus postura para optar por el mantenimiento de organismos unitarios en las fábricas y ciertas zonas industriales.

con un 339% y también la que experimentó un mayor crecimiento de la renta familiar, un 327% seguido la provincia de Alicante, con un 289%²⁷.

Entre 1955 y 1975 Vitoria pasó de 57.357 habitantes a 175.000, un incremento que se debió, en gran medida, a la importante aportación de población inmigrante. Decenas de miles de trabajadores recalieron en la capital alavesa durante esos veinte años. Entre 1960 y 1970 se crearon en la provincia 1.233 nuevas empresas y otras 463 ampliaron su capital. Entre 1950 y 1955 se instalaron varias fábricas importantes, como Forjas Alavesas, Areitio e Imosa (luego Mercedes Benz), Esmaltaciones San Ignacio, Bicicletas BH, toda una “revolución industrial” para una capital de las características de Vitoria en aquellos años.

Sin embargo, esta concentración de población asalariada no provocó demasiadas tensiones sociales, sobre todo si la comparamos con la agitada situación que vivieron las zonas industriales de Vizcaya y Guipúzcoa durante esos mismos años. Incluso Navarra, una provincia con una estructura muy similar, había presentado una mayor conflictividad laboral. La politización que había ido extendiéndose dentro del mundo del trabajo tampoco tuvo un eco destacable en Vitoria hasta el punto de que algunas movilizaciones, como la desplegada con motivo del Proceso de Burgos contra militantes de ETA en 1970 o las ocurridas en protesta por los fusilamientos de septiembre de 1975 estuvieron por debajo de la media en el conjunto del Estado.

La masa obrera vitoriana de mediados de los años setenta, procedente en una gran parte de la inmigración rural, tanto alavesa como del resto de España, carecía de una mínima organización de carácter reivindicativa²⁸. Los referentes locales, que en el caso vizcaíno, a pesar de la falta de libertades y de las transformaciones que había sufrido la zona, habían logrado transmitirse, e incluso se habían incorporado a las nuevas generaciones de trabajadores, aparecían en Vitoria totalmente desdibujados, formando parte de una historia demasiado lejana. Todo ello, unido a la tardía industrialización había conformado un cierto oasis de paz social prácticamente hasta el

²⁷ UGARTE, Javier: “Tiempos de silencio, tiempos de cambio”, en RIVERA, Antonio (dir.): *Historia de Alava*, Vitoria, Editorial Nerea, 2003, p. 477.

²⁸ Sobre el proceso de transformación véase ZÁRATE MARTÍN, J. A.: *Vitoria. Transformación y cambio de un espacio urbano*. Vitoria, Caja de Ahorros de la ciudad de Vitoria, 1981, ARRIOLA, Pedro María: *La producción de una ciudad-maquina del capital: Vitoria*, UPV, 1991 y del mismo autor *Aspectos del crecimiento periférico de Vitoria Gasteiz*, Vitoria, UPV, 1984.

final de la dictadura –con alguna excepción con la huelga de Esmaltaciones San Ignacio en 1969 y la de Michelín en 1972²⁹.

Sin embargo, esta situación cambió de forma radical, coincidiendo en el tiempo con la muerte de Franco y los primeros momentos de la transición. Los síntomas de la crisis comenzaban a dejarse sentir. En 1973 y 1974, el índice del coste de la vida que había oscilado entre el 5% y el 8%, se disparó hasta alcanzar el 15%. Los salarios, pactados en los convenios negociados en los convenios de 1974, crecieron por debajo del coste de la vida. El importante recorte de las horas extraordinarias provocó un enorme malestar social que se hizo más ostensible tras el Decreto de Congelación Salarial del 14 de noviembre de 1975 y el espectacular incremento del coste de la vivienda. A todo ello se unió la falta de legitimidad de una parte significativa de los jurados de empresa salidos de las últimas elecciones, que en la zona industrial de Vitoria, habían contado con un escaso apoyo³⁰. La conflictividad laboral, que hasta ese momento había sido prácticamente testimonial, se hizo mucho más palpable a partir de 1974, marcando de algún modo un cambio de tendencia en este proceso³¹, que se aceleró tras la preparación de los primeros contactos para la negociación de los nuevos convenios colectivos.

“Todo el poder a la asamblea”

El espectro de grupos que se movía dentro del ámbito laboral y político de la oposición antifranquista durante aquellos momentos se dividía, aunque con muchas matizaciones, en torno a dos bloques, el de la CONE vinculado a las Comisiones Obreras que controlaba el PCE, y apostaba en solitario por la utilización de los jurados y un amplio y heterogéneo grupo de fuerzas vinculadas a la izquierda, entre las que destacaba la UGT y las Juventudes Socialistas con una fuerte base marxista, que habían defendido la formación de los comités de fábrica y otros grupos procedentes de las diversas tendencias desgajadas de ETA, (como ETA-berri, LCR-ETA VI) o de partidos

²⁹ VAL DEL OLMO, Arturo: 3 de marzo. Una lucha inacabada. Vitoria, Fundación Federico Engels, 2004

³⁰ No en todos los casos, ya que en algunas empresas, incluso de las que salieron a la huelga, los jurados habían contado con el apoyo de los trabajadores.

³¹ Como se deduce del contenido de las diferentes memorias de la CNS de Alava entre 1971-1974, cit. en MOLINERO, Carme, YSÀS, Pere: op. cit. pp 211-212, 228 y 232.

como el PTE o la ORT. Sin embargo, quien terminaría sumiendo el liderazgo de las protestas laborales desde finales de 1975 sería la denominada Coordinadora Obrera de Vitoria (COV), un órgano de enlace impulsado de algún modo por la Organización de Clase Anticapitalista (OCA). Esta última reunía a los líderes obreros de ideología anticapitalista, favorables a la autoorganización obrera y al asambleismo, que había ido recogiendo durante los últimos tiempos a diversos sectores y grupos de la izquierda procedentes de ETA-berri y ETA-VI³².

La COV se había formado a partir de la propuesta realizada en octubre de 1974 por los Comités Obreros de Alava (COA) y se configuró como un instrumento de coordinación de carácter unitario de todas las fábricas y todos los organismos de clase. Esta coordinadora fue quien organizó en octubre de 1975 varias reuniones clandestinas –aún no podrían denominarse estrictamente asambleas, ya que sólo reunían a las vanguardias- con el fin de concretar y defender una plataforma reivindicativa unitaria, que además, hiciera coincidir sus demandas con la negociación de los convenios colectivos. Entre las reivindicaciones más importantes se encontraban: el aumento salarial lineal e igual para todos, el cien por cien del salario por enfermedad o accidente, la jubilación a los 60 años con el jornal real y la reducción de la jornada laboral. Junto a estas demandas se exigía la elección directa de los representantes de los trabajadores y su reconocimiento legal. La COV consiguió reunir, más o menos, a una gran parte de los grupos ya citados y a otros como el MCE. Es decir, a la práctica totalidad de los pequeños núcleos de activistas que no estaban vinculados al sector PCE de CCOO –aunque algunos cuadros en ciertas empresas también participaron a título individual-, ni a las centrales nacionalistas, la histórica ELA, muy alejada de estos planteamientos y muy débil en Alava durante esos momentos, ni a la recién nacida LAB de la izquierda abertzale próxima a ETA militar.

Una de las empresas más importantes en este contexto fue Forjas Alavesas. El 23 de diciembre de 1975 y a pesar de los impedimentos por parte de la dirección se celebró la primera asamblea abierta y mayoritaria, que reunió a cientos de trabajadores. Se trataba de un hecho insólito y novedoso en una empresa de la provincia y que marcó de algún modo el inicio de un proceso frenético que fue dando lugar durante las

³² Ibidem, ABASOLO, José Antonio: *Vitoria 3 de marzo. Metamorfosis de una ciudad*, Vitoria, Diputación Foral de Alava, 1987. ESTEFANÍA, J.: “Formas de organización obrera en Vitoria”, *El Carabo*, núm. 1 julio-agosto 1976 y CARNICERO HERRERO, Carlos: Vitoria, 3 de marzo de 1976. Los reflejos de una sociedad desvertebrada, Universidad del País Vasco, (tesina inédita), 2004.

siguientes semanas a un efecto “de bola de nieve”. El 9 de enero fue la plantilla de esta empresa la que tomó la iniciativa y eligió una Comisión Representativa, que se presentó como un alternativa al jurado de empresa, en una acción que constituyó todo un reto. Los empresarios se negaron a reconocer a los representantes de los obreros elegidos en las asambleas y el conflicto explotó definitivamente.

A las reivindicaciones de esta empresa se sumó la plantilla de Mevosa, y formaron entre las dos el núcleo central de la huelga. Durante las siguientes semanas el conflicto se extendió, ante la negativas de las respectivas direcciones, y fue salpicando a las empresas más importantes de la capital, como Aranzabal, Olazábal y Huarte, Engranajes UGO, Apellaniz, Areitio y Orbegozo entre otras, con unas reivindicaciones similares en lo sustancial (aumentos salariales, 42 horas de jornada laboral, 28 días de vacaciones, revisiones semestrales, un año de vigencia del pacto, etc³³).

La COV se había transformado ya en la Coordinadora de las Comisiones Representativas (CCRR) de la Fábricas en Lucha, verdaderas portavoces de las asambleas y de la dirección de la protesta, compuesta por diferentes miembros de cada una de las comisiones de fábricas en huelga³⁴, donde se confirmó la necesidad de realizar asambleas conjuntas en la iglesia de San Francisco de Asís de la capital, que más tarde sería el escenario de los acontecimientos del 3 de marzo. Estas enormes asambleas reunían ya a miles de trabajadores (las CCRR llegaron a controlar a unos 6000) y representantes de cada empresa en medio de un clima de gran excitación que comenzaba a extenderse por la ciudad. Este proceso tuvo un importante calado en los barrios obreros de nueva creación surgidos desde finales de los años cincuenta, donde vivían muchos de esos mismos trabajadores en huelga y donde existían una serie de redes sociales que favorecieron la extensión del conflicto.

Para entonces la huelga era ya una realidad en una pequeña ciudad, que a pesar del enorme crecimiento que había experimentado durante los últimos años, apenas superaba los 170.000 habitantes. Las asambleas conjuntas (dos por semana hasta un total de dieciséis), celebradas en la parroquia de San Francisco, se simultanearon con otro tipo de acciones. Los trabajadores se paseaban orgullosos vestidos de azul entre las calles más tradicionales y los centros más elitistas de la ciudad, realimentado –cuando

³³ Véase, entre otros, GRUPO DE TRABAJO ALTERNATIVO: Informe Vitoria: una gran experiencia de lucha, Vitoria-Gasteiz, 1987.

³⁴ La mayoría de los miembros de la COV fueron elegidos para formar parte de la Comisión Representativa y gracias a ello formaron parte de la Coordinadora de CCRR.

no, inaugurando- a través de imágenes y símbolos, una tradición prácticamente inexistente en la ciudad³⁵. A todo ello contribuyeron también de un modo decisivo las movilizaciones de las mujeres de los huelguistas, con sus bolsas vacías de la compra, en marchas hasta los mercados del centro de la ciudad.

Desde determinados sectores de la dirección de la huelga y de las asambleas se trataba de forzar la situación para que el empresariado y las autoridades ofrecieran una respuesta a sus demandas y a la readmisión de un grupo de trabajadores despedidos por su implicación en la huelga. Simultáneamente, sobre todo desde la tendencia que se agrupaba alrededor de OCA se intentó que la presión se escenificase y se hiciera visible en la huelga general, para lo cual era preciso sumar muchos más trabajadores al paro, algo especialmente difícil, a pesar del impacto y solidaridad que había recabado la huelga durante el mes de enero, sobre todo teniendo en cuenta que los huelguistas no habían conseguido sumar a la plantilla de Michelin, una de las empresas más importantes de la ciudad.

Sin embargo, la dirección de las Comisiones Representativas tampoco fue capaz de transmitir a los trabajadores que controlaba una alternativa organizativa a través de la cual poder encauzar el conflicto³⁶. A pesar de no incorporar aún a las demandas laborales reivindicaciones políticas como la amnistía, las asambleas, a través de algunos de sus dirigentes, sobre todo de los vinculados a los partidos más izquierdistas, comenzaban a debatir sobre la organización de una sociedad más igualitaria “sin diferencias marcadas por el poder del dinero”. Se trataba de pronunciamientos poco elaborados, pero que denotaban un fuerte contenido anticapitalista y progresivamente, antisistema.

La evolución de la huelga durante el mes de febrero sirvió para poner de relieve las enormes dificultades que iba a tener el desenlace del conflicto, cada vez más enquistado, y la propia evolución del movimiento asambleario. Prácticamente todos los sectores y líderes coincidían en la necesidad de la utilización de un arma un tanto mítica, como la huelga general, sin embargo, sus posturas diferían con respecto al momento oportuno y al carácter de esta acción.

A pesar de ello, y tras dos intentos de huelga general que no habían conseguido paralizar la ciudad, y de otras acciones radicales como una huelga de hambre

³⁵ Véase ABASOLO, José Antonio: op. cit.

³⁶ Ibidem.

protagonizada por el jurado de empresa de Aranzabal, la asamblea conjunta convocó un nuevo paro general para el día 3 de marzo. Aunque para entonces existían ya notables problemas internos dentro de las diferentes corrientes organizativas y de que incluso en algunas de las empresas en huelga los trabajadores parecían dispuestos a volver al trabajo, la huelga general cosechó una importante respuesta, tanto en las fábricas como en la ciudad.

Esa tarde a las cinco se celebraba una nueva asamblea conjunta en la iglesia de San Francisco de Asís del barrio de Zaramaga, donde se reunían unas 4000 personas y un número similar en las inmediaciones. Sin embargo, en esta ocasión, la policía que había consentido de algún modo las asambleas, a pesar de las detenciones practicadas durante las últimas semanas y de ciertos desalojos, conminó a los reunidos a abandonar el recinto. Ante la negativa de los concentrados la policía arrojó gases lacrimógenos en el interior de la iglesia. La gente salió en estampida y las fuerzas del orden público intervinieron de nuevo, esta vez con armas de fuego. En el mismo lugar de los hechos morían dos trabajadores (Pedro María Martínez Ocio, de 27 años, obrero de Forjas Alavesas y Francisco Aznar, empleado en una panadería) y otro centenar resulta herido. Dos de los más graves (Romualdo Barroso, trabajador de Agrator, José Castillo García de 32 años, operario de Arregui), fallecían ese mismo día y un tercero (Bienvenido Perea), en fechas posteriores, todos ellos alcanzados por heridas de bala. La conmoción que los hechos provocaron, tanto en la ciudad, como en el resto de España fue enorme y su impacto social, político y mediático, muy importante, dando lugar a un reguero de huelgas y manifestaciones de solidaridad por todo el país.

El presidente Carlos Arias Navarro era partidario del Estado de Excepción, pero Adolfo Suárez, Ministro del Interior en funciones por ausencia de Fraga y los ministros de presidencia y Relaciones Sindicales, Alfonso Osorio y Rodolfo Martín Villa, se opusieron a ello. Jose Antonio Zarzalejos, subdirector general de seguridad y hasta hacía pocos meses, fiscal en Vitoria, fue enviado a la ciudad para reforzar con su presencia el principio de autoridad y dirigir las fuerzas del orden público. Los informes internos de la policía sirvieron para avalar la teoría de un supuesto “movimiento de

carácter insurreccional” forjado por unas minorías extremistas al margen del PCE, un “verdadero laboratorio” o campo de pruebas al servicio de un cambio revolucionario³⁷.

Es cierto que durante aquellos tres meses se había asistido a un importante movimiento de protesta en una ciudad que, además, carecía de la tradición huelguística y de la implantación de las organizaciones obreras que se extendían ya por otras zonas industriales. Sin embargo, a pesar del protagonismo de algunos de los líderes obreros, (izquierdistas, radicales, de procedencia y sensibilidades muy heterogéneas³⁸), e incluso del contenido anticapitalista de sus pronunciamientos, el “movimiento asambleario”, que se desarrolló durante este corto pero intenso espacio de tiempo, si es que se puede hablar de “movimiento”, fue el fruto del malestar provocado por la falta de respuesta a unas demandas estrictamente laborales y del no reconocimiento de los representantes elegidos en las asambleas de fábricas.

Los efectos políticos de la convulsión creada por los sucesos de Vitoria rebasaron cualquier previsión. Aunque no puede establecerse una relación absoluta entre causas y efectos lo cierto es que probablemente los acontecimientos del tres de marzo, a los que se unieron los graves sucesos de Montejurra en el mes de mayo, incidieron en la marcha del proceso de la transición. En julio se fueron poniendo las bases del cambio político y de las primeras elecciones democráticas. El gobierno de Arias Navarro, totalmente desbordado por los acontecimientos perdió el escaso crédito que tenía entre las más altas instancias, incluido el propio Rey Juan Carlos. Todo ello aceleró el ascenso de Adolfo Suarez, que aprobó la reforma del Código Penal y dio paso a una nueva Ley de Asociaciones Políticas.

Pero las consecuencias también afectaron a la oposición. El 17 de marzo, como ya se ha apuntado, la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia se unieron, dando lugar a lo que popularmente se denominó como la “Platajunta”. A partir de ese momento se produjo un notable descenso en el número de huelgas y, las que tuvieron lugar no llegaron a adoptar el carácter radical de las que se desataron durante los

³⁷ Como se desprende del interesante “Boletín informativo nº 26, 6 de junio de 1976”, Comisaría General de Investigación Social, Fondos contemporáneos, Ministerio del Interior-Policía, H, exp. 21086. Archivo Histórico Nacional (AHN)

³⁸ Desde curas secularizados atraídos por los movimientos guerrilleros del tercer mundo, imbuidos de mítica revolucionaria a asambleístas y “consejistas” puros antisistema defensores del poder obrero y la practica autogestionaria, pasando por socialistas y comunistas de todos los pelajes y militancias, incluidos miembros de las alas mas extremistas de la UGT y de las Juventudes Socialistas. Véase a este respecto los distintos testimonios del Fondo “Vitoria 3 de marzo de 1976”, en Laboratorio de Fuentes Orales del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda.

primeros meses de 1976, La oposición comenzó a rebajar el tono de sus discursos y trató de convencer a sus afiliados de que la ruptura sería, en realidad, una reforma que culminaría en el plano social con la firma de los Pactos de la Moncloa, ya en octubre de 1977.

En el ámbito sindical el proyecto definitivo de Reforma constitucional presentado a las Cortes en mayo de 1976 no se concretaría hasta un año después. Sin embargo, quedaba muy claro que la nueva situación marcaba una ruptura con los planes que había defendido el gobierno tratando de salvar los restos del naufragio de la Organización Sindical. El 6 de abril se había dado ya un paso muy importante por los reformistas de la CNS al conseguir que el gobierno votara en las cortes a favor de la Ley de Relaciones Laborales, pero incluso esta ley quedaría afectada por la ruptura sindical con la aprobación del Decreto de Relaciones de Trabajo.

Con respecto a las consecuencias que los acontecimientos tuvieron en el desarrollo del movimiento asambleario puede afirmarse que estos constituyeron prácticamente su epílogo final. Por un lado la represión indiscriminada (los cinco muertos y decenas de heridos fueron una muestra muy elocuente de ello) y la selectiva (mediante la detención y encarcelamiento de los líderes de la huelga) tuvieron un efecto disuasorio. Pero, además, las diferencias que habían ido surgiendo desde su origen y que se incrementaron durante el mes de febrero entre las diversas tendencias y líderes de las CCRR se hicieron más ostensibles tras los dramáticos sucesos del tres de marzo. El temor a que una estructura sindical, nueva o preexistente terminase por capitalizar el movimiento asambleario llevó a algunos de los líderes más abiertamente asambleístas, Fernández Naves y Olabarría, a pedir la desaparición de las CCRR, mientras Tomás Echave siguió defendiendo la necesidad de un liderazgo político. Las tensiones entre las diferentes líneas de interpretación y organización del movimiento y la aceptación de los empresarios de una parte de las demandas obreras tras los sucesos hicieron el resto, propiciando la desmovilización y la vuelta al trabajo.

Como ha afirmado José Antonio Abásolo “la posición político-social que dejaron entrever los debates de las asambleas de 1976 trascendían los presupuestos de la reforma política, e incluso los de la oposición, pero la autodisolución de la Coordinadora de CCRR dejó sin definir un posible modelo alternativo”³⁹. Pese a todo, e incluso por encima de las organizaciones sindicales que comenzaron a asentarse a partir

³⁹ ABASOLO, José Antonio: ob. cit. p. 155.

de entonces, el proceso fue muy diferente también en este sentido con respecto a Guipúzcoa o Vizcaya hasta el punto de que, por ejemplo, las Comisiones Obreras en Vitoria siguieron siendo hasta principios de los años ochenta un movimiento sociopolítico, -algo ya superado para entonces en aquellos dos territorios y en el resto del Estado- o que la UGT alavesa defendiera un socialismo de base marxista muy diferente del mantenido por el PSOE, que terminó incluso con el expediente de expulsión abierto a catorce de sus miembros. Otra de las consecuencias fue la persistencia, al menos hasta 1980, de dos modelos de representación sindical en Vitoria, el de las organizaciones ya legalizadas y el de una serie de grupos sindicales de carácter radical que se atribuyeron la herencia de la memoria “colectiva asamblearia”, que de algún modo ha perdurado entre un sector importante de trabajadores.